

# LEVIATRÉN

## *Victoria Regina*

*R.D.G.*

La primera vez que la vi era sólo un niño. Mis padres me habían llevado a la estación abrigado con todo lo que había en el armario, pero aunque hubiese ido con una simple bufanda no habría sentido frío esa mañana. El nerviosismo se notaba en el aire, la gente se apelotonaba junto al profundo foso de piedra del andén y trataba de espiar más allá de los raíles, que desaparecían en la niebla. Durante un buen rato no ocurrió nada, pero eso no hizo mas que aumentar la expectación.

Primero sentí el temblor del suelo. Luego escuché el bramido de la caldera, que llegaría a ser tan familiar para mí. Finalmente el morro afilado del ariete rompehielos apareció entre nubes de vapor, adornado en oro y bronce, alto como un edificio, y tras él distinguí los miradores de cristal verde, como ojos saltones de un dragón metálico. Las chimeneas lanzaban al aire nubes de humo grisáceo, las ruedas chirriaban, los frenos siseaban. Para entonces todo el mundo gritaba ya, coreando su nombre. Pero como respondiendo a mi muda llamada, la máquina avanzó lentamente hasta detenerse junto a mí. Encaramado sobre los hombros de mi padre, pude leer las iniciales grabadas en su lateral: *VR*. Victoria Regina, la más grande de las locomotoras de Eurasia.

La banda municipal arrancó a tocar a destiempo, tan sorprendidos como yo de la majestuosidad del monstruo. Para cuando recuperaron el ritmo los operarios de cubierta ya se afanaban en colocar varias pasarelas. Por la principal descendió el Barón, vestido con su legendaria casaca azul y con su pelo negro despeinado por los remolinos de condensación, tan sonriente y cordial como si estuviese en un palacio y fuese a conocer a la familia real. Estrechó la mano de cada representante del gobierno local, hizo una reverencia a las damas, besó su mano y en pocos minutos tuvo a todos encantados con su presencia.

La multitud les siguió cuando se encaminaron a la sala capitular, seguramente a discutir sobre política o las últimas maniobras de la Liga Comercial. Mis padres hicieron ademán de seguir al grupo pero yo me quedé clavado allí, maravillado por esa mole de metal de decenas de metros de altura que parecía estar viva. En mi cabeza la imaginaba adormilada, con sus entrañas ardientes latiendo y exhalando chispas y fuego. Mi madre me tomó de la mano y me arrastró de vuelta a la realidad.



Me enrolé en un leviatrón con doce años, convencido de que lo sabía todo y de que la ciudad que dejaba atrás ya no tenía secretos para mí. No fue en la Victoria Regina, sino en un tren de tamaño más modesto que cubría el recorrido entre mi antiguo hogar y Molodecno. Mi rango era más bajo que el de un grumete vigía, pero estaba contento. Limpié chimeneas sucias de hollín, paleé carbón, me sumergí hasta la cintura en los depósitos de agua de refrigeración... tareas destinadas a desanimar a aquellos menos decididos que yo. Me enseñaron a moverme por el interior de tuberías aún calientes del vapor de la caldera, a colarme bajo los cañones automáticos durante los asaltos para pasar munición a los artilleros o a cortar las cuerdas con las que los piratas trataban de encaramarse a los costados de los vagones.

Con mi tamaño también era de ayuda a los revisores cuando buscaban polizones o saqueadores escondidos en los almacenes. No es que me gustase el trabajo, pero me daba ciertos privilegios, como una litera fija y una cucharada más en mi cuenco de gachas. Una noche encontré a toda una familia en un conducto de ventilación, aguantando la respiración entre los gases sulfurosos. Dudé durante un segundo. Luego les hice una seña para que guardasen silencio y les indiqué la ruta más rápida hacia los vagones de cola, donde podrían perderse entre otros como ellos. A partir de ese día volví a dormir en la zona comunal, pero no me importó.

Cambié de tren en cuanto pude, buscando rutas más importantes, aquellas por las que la Regina solía moverse. Tuve suerte y me contrataron como mozo de carga en una de sus estaciones de abastecimiento. Un par de meses más tarde, al ver la enorme silueta de la locomotora recortarse a lo lejos en el páramo me recorrió un escalofrío. Hice mi solicitud para incorporarme a la tripulación y quizá fue mi imaginación, pero cuando el Barón hizo una seña afirmativa al capataz, creí ver en su gesto un signo de reconocimiento. Al subir por la rampa, alguien me estrechó la mano y exclamó

"¡Victoria Regina!". Me cuadré y repetí sus palabras, con la sensación de que pronunciaba un juramento de por vida. Tenía dieciséis años.



Un año después estaba encaramado en el puesto de apoyo de un tractor biplaza que rodaba a toda la velocidad que permitía su caldera, en dirección a un cambio de agujas controlado por Carroñeros. Sus ruedas metálicas de más de dos metros de alto hacían pedazos el bosque de pinos jóvenes, lanzando astillas en todas direcciones. La situación era sencilla: de vez en cuando una de esas bandas asaltaba las instalaciones de cruce, desalojaba al gremio local y reclamaba un pago por permitir atravesarlo con seguridad. Esta vez la negociación por el "tributo de paso" había degenerado en un descarado intento de chantaje que el Barón no podía tolerar, y nosotros éramos la respuesta a tal impertinencia. No estábamos solos, media docena de vehículos más se movían entre los árboles, sumando tractores y artillería móvil. En el cielo un girocóptero luchaba contra la ventisca mientras sobrevolaba las posiciones enemigas para informarnos de sus movimientos. Si los carroñeros desviaban a la Regina a una vía muerta, tendríamos problemas serios.

"Puesto de apoyo" era una manera ambigua de definir mi trabajo, un eufemismo que quedaba muy bien en las cenas con la aristocracia. Era en parte navegante, en parte vigía y en parte artillero. Esta última tarea era la más emocionante. Salía a gatas de mi asiento junto al piloto para entrar en la torreta del tractor, armada con dos ametralladoras gemelas de gran calibre. Un movimiento de mis pies sobre los pedales y podía girar en cualquier dirección en segundos, lanzando una lluvia de plomo sobre todo el que se aproximase.

El girocóptero marcó un punto con una bengala roja unos cientos de metros más adelante, señal de que habría algo más que unos salvajes con mosquetes esperándonos. Las primeras explosiones y el sonido de troncos partiéndose nos lo confirmó. Seguramente habían desguazado algún tren recientemente y habían montado los cañones recuperados sobre una plataforma móvil. Poco práctico en una batalla a gran escala, pero perfecto para hacer saltar por los aires a vehículos de blindaje ligero como los nuestros.

Vi desaparecer entre nubes negras dos de nuestros tractores. Los árboles se incendiaron y los estallidos de la munición crearon un caos que anuló cualquier plan de ataque que llevásemos en

mente. Sentí un bandazo y nuestras ruedas giraron furiosamente mientras cambiábamos de rumbo. No fuimos lo bastante rápidos. El proyectil impacto en las rocas a nuestra izquierda y fragmentos de roca y metralla nos atravesaron como a mantequilla. El metal chillaba. El fuego nos engulló y la onda expansiva nos hizo girar como una peonza. Me agaché esperando el golpe y tras un instante, chocamos.

Desperté con algo caliente goteando por mi frente. Los arneses me habían salvado la vida, pero no habían evitado que un trozo de cristal del visor me cortase al romperse. Por suerte, excepto eso y algunas magulladuras, estaba bien. No se podía decir lo mismo de mi compañero. Ya no quedaba nada de la parte delantera del tractor, el brutal choque contra las rocas lo había partido por la mitad y la habían arrojado lejos, fuera de mi vista.

Me descolgué de los restos y caí a la nieve. Entre la chatarra humeante no había muchas cosas útiles, pero me conformé con llevar mi revolver y mi abrigo todavía conmigo, si no el frío me habría matado antes de que alguien llegase a rescatarme. Si es que llegaba. El cañoneo no había cesado y el ruido de las calderas me indicaba que quedábamos pocos de los que habíamos salido de la Regina. Corrí bordeando el claro hacia el sonido de los disparos. Me encaramé a unas rocas y no tardé en divisar a los carroñeros apiñados en torno a una batería de artillería montada sobre ruedas dentadas. La movían de manera precaria entre una docena de hombres, pero aún así tenían una precisión endiablada. Los que estaban subidos encima recargaban y disparaban sin dar un momento de respiro. Las vainas humeantes de los proyectiles ya les llegaban hasta las rodillas. Un círculo de vehículos, chatarras híbridas procedentes de mil saqueos, cubría el perímetro bloqueando el cambio de agujas.

A partir de ese punto, mi narración siempre se vuelve algo confusa. Realmente no sé muy bien qué me impulsó a hacer lo que hice. Recuerdo que vi la llamarada de otro de nuestros tractores siendo reducido a pedazos y mi mente se nubló. Sin un milagro, pronto habrían muerto todos. Bajé rodando el terraplén y corrí hacia una especie de grúa blindada, el vehículo más cercano a mí. Entré por la portezuela lateral y golpeé al sorprendido carroñero. Mi patada le alcanzó en el rostro sucio y barbudo y lo lanzó fuera. No había volante ni rueda guía y me llevó unos segundos preciosos descubrir las levas que bloqueaban las orugas. Tiré de varias palancas y arranqué. Giré hasta acabar en la línea de tiro de los cañones. Al ver a uno de los suyos los artilleros dudaron un instante y fue su perdición, la grúa se echó encima de la plataforma con un agónico chirriar de metal contra metal. Me arrojé fuera. Hubo gritos y una explosión en cadena. Empezaron a dispararme, saqué el revolver mientras me arrastraba en busca de cobertura. Algunos corrieron hacia mí con sus rifles, otros con palancas o hachas enormes, siluetas terribles entre el humo. Vací mi arma contra ellos y busqué más munición. Todo iba a terminar.

De pronto el eco de unos pasos gigantes cruzó el claro, mezclado con el sonido de cadenas engranándose y chasquido de servos en funcionamiento. Los fragmentos de un camión semioruga volaron por encima de la línea de árboles, partido en dos por una tenaza gigante, y mis oponentes huyeron en desbandada. La silueta de un andador autopropulsado surgió del bosque y levantó el brazo en mi dirección. Su cañón automático disparó en rápida sucesión, y los proyectiles pasaron sobre mí, levantando una muralla de fuego que se tragó a los carroñeros que escapaban. Varios soldados de la Victoria Regina aparecieron entonces, cargando con las bayonetas caladas. Y vencido por la pérdida de sangre, me desmayé.

- Hijo, ya estás en casa - dijo una voz familiar, en mis sueños.



Mi pequeña aventura me hizo muy popular e invitarme a las fiestas de los vagones de cabeza para contar la experiencia y mostrar la cicatriz de mi frente se convirtió en la nueva moda en la Victoria Regina. No era precisamente lo que tenía en mente cuando me enrolé, pero lo soportaba estoicamente. Lo mejor de todo aquello era que podía codearme con oficiales de alto rango y enterarme de algo más que simples rumores de barracón.

En una de esas fiestas, un ayuda de cámara me entregó una nota manuscrita. Se me citaba en cinco minutos en uno de los salones para fumadores. Cuando entré, pensando que tendría que repetir y adornar mi historia una vez más, me dí de bruces con el General Trevanian, que todavía llevaba puesto su abrigo y tenía nieve en el pelo, señal inequívoca de que llegaba directamente del exterior.

- El joven Teniente Godel, si no me equivoco - dijo, quitándose los guantes.

- Sí señor - respondí, cuadrándome y saludando, confuso - ¿me conoce?

- La fama a su edad es un arma de doble filo, como podrá comprobar – replicó sin más explicaciones -. Ahora ayúdeme con el abrigo, llegamos tarde.

Tras sacarse de encima el grueso poncho de batalla, el General Trevanian marchó a paso firme hacia

el otro extremo del salón, sin esperarme. Allí, tras unos biombos y junto a una chimenea casi tan grande como mi departamento, estaba reunido el Estado Mayor de la Victoria Regina. En la cabecera estaba sentado el Barón, que me miró con curiosidad.

- Veo que ha recogido a nuestro joven héroe, bien hecho Trevanian. - se dirigió luego hacia mi - espero que disculpe las prisas, queríamos contar con su opinión en un asunto de la mayor importancia.

- Dí la verdad, Alexander - le interrumpió una lánguida mujer morena de uniforme negro - eras tú el que quería su opinión. Por mi parte no veo la necesidad de involucrar al muchacho.

- Beatrice, deberías aprender a valorar lo que la sangre joven puede ofrecernos - respondió el Barón. Si les pedimos que la derramen por nosotros, qué menos que hacerles saber por qué.

La que había hablado era la Comandante Beatrice Viteli, de la División de Asalto. Condecorada, herida en combate, vuelta a condecorar... había oído hablar de ella pero no la imaginaba así, ni mucho menos. Tal y como la describían mis compañeros uno habría esperado a una fornida y musculosa amazona. La dura mirada que me dirigió me confirmó que las apariencias engañan.

- Tú sabrás lo que haces - dijo, y dió una calada a un cigarrillo con boquilla antes de recostarse en el sillón -. ¿Vamos al grano?

- Puedes empezar, Trevanian - dijo el Barón, haciendo una seña al general.

Éste se puso en pie y desplegó un mapa sobre la pequeña mesa de mármol. Lo sujetó con unas tazas de té y señaló un par de puntos. Los oficiales se inclinaron a mirar y yo hice lo propio.

- Dos montones de chatarra - exclamó -. Eso es todo lo que queda del *Orgullo de Jaipur* y el *Gaule-Saint Etienne*. Lo peor de todo es que el Jaipur ya se había rendido cuando los de Harkov lo cañonearon. Miles murieron. A algunos les ametrallaron mientras salían de los restos.

- Así que quieren jugar duro - dijo el Barón, y comenzó a desdoblar un fino papel

azul -. Supongo que ya no tiene sentido ocultarlo. El cablegrama que recibimos en la última estación de aprovisionamiento nos "invitaba a aliarnos con la ciudad-estado de Harkov en la cruzada por la pacificación de esta zona de Eurasia". Imagino que lo que les ha pasado a esos trenes es una manera de avisar al resto de lo arriesgado que es negarse.

- Si la Victoria Regina capitula, la mayoría de trenes menores cederán - apuntó alguien, y varios de los presentes asintieron.

- No dejarían que la Regina siguiese a nuestro cargo... esos lacayos de Ternopol. Llenarían esto de fanáticos adeptos de la máquina y de "asesores" para indicarnos el camino a seguir - dijo un tercero, con sorna -. Y luego inventarían algo para desembarcarnos y meternos en sus campos de trabajo. Por nuestra propia seguridad, claro.

- Propongo que atacemos Harkov antes de que lo hagan ellos - la Comandante Viteli apagó su cigarrillo sobre el punto que representaba a la ciudad en el mapa -. Que no tengan tiempo de prepararse.

- Dudo que esa maniobra les pillase por sorpresa, Beatrice, y no hablamos de enfrentarnos a otro leviatren. Es una ciudad con doble muralla, defensas exteriores móviles, baterías fijas y más allá un ejército esperándonos. Si fracasamos, condenamos a todos los que viajan en la Regina. Hombres, mujeres, niños, familias enteras - dijo el Barón -. En fin... ¿usted qué opina, Teniente Godel?

Había permanecido a cierta distancia desde el principio, sosteniendo una taza de té que se había enfriado ya. Al escuchar mi nombre, dí un paso al frente, confiando en que el tintinear de la porcelana no descubriese mi nerviosismo. Pensé si debía dar mi opinión sincera o evitar comprometerme. Una mala palabra en aquella reunión podía crearme enemigos poderosos. La Comandante Viteli tenía sus ojos clavados en mí.

- Si dependiese de mí, lucharía, señor - dije -. Lo que defendemos es importante. Pero no es mi opinión la que cuenta, sino la de todos.

- ¿Se refiere a la del resto de generales?

- No, señor. La de la gente. El Jaipur, el Saint Etienne... si los habitantes de la Victoria Regina pueden correr el mismo destino que los de esos trenes, al menos deben saberlo - tomé aire, los generales me miraban tan sorprendidos como si estuviese proponiendo un motín -. Créame, estoy convencido de todos querrán luchar, señor. Pero déles la oportunidad de decírselo.

- Es usted un hombre de ideas peculiares, William Godel - dijo el Barón, sonriendo  
-. Pero creo que tiene razón.



El Barón caminó entre la gente apiñada en la Plaza Mayor del vagón de cabeza. Muchos nunca habían salido de los suburbios de los vagones de cola. Otros conocían el lujo muy bien, pero parecían igual de asustados y fuera de lugar. Todos le dejaron pasar y acallaron sus conversaciones, guardando un respetuoso silencio. Con paso firme recorrió la escalinata hasta la fuente de mármol que conmemoraba el centenario de la construcción de la Regina. Subido en su borde miró alrededor. Iba en mangas de camisa, con el pelo recogido y las huellas de varias noches sin dormir en sus ojos. Las escaramuzas eran cada vez más frecuentes y el puente se había convertido en su residencia permanente. A pesar de todo no había perdido ni su porte sereno ni su imponente presencia. Tampoco había miedo ni duda en su rostro. Sonreía.

- No sé si es necesario que me presente... - comenzó, haciendo reír a las primeras filas. Hemos sido compañeros de viaje durante muchos años. Algunos nacimos a la vez, ¿verdad Konrad? - dijo mirando a un hombre rechoncho, que se quitó la gorra y asintió - el año en el que el glaciar Jörgensen atrapó a la Victoria Regina y amenazó con partirla en dos. Durante tres semanas, mi padre, el viejo Barón, picó el hielo de las vías con sus propias manos mientras los demás le aconsejaban que cortase las conexiones con la cola y la abandonase a su suerte. Pero no lo hizo. No fue por la máquina, sino por lo que significaba para él: su lugar en el mundo.

Hemos vivido muchas cosas. Revoluciones, revueltas, el auge y caída de imperios. A lo largo de este tiempo hemos construido algo muy diferente en estos vagones. Un refugio, un hogar para los que nunca lo tuvieron. La promesa de que cuando fuera reine la locura viajaremos en busca de un lugar mejor. Parece que eso ha

molestado a alguien ahí fuera.

Ahora nos ofrecen someternos o perecer. Nuestra forma de vida les da miedo porque no necesitamos esa tierra que ellos tanto adoran, ni su patria, ni sus banderas. Porque somos dueños de nosotros mismos, libres de ver el amanecer sin estar detrás de muros grises, sin el yugo del miedo. Por eso quieren poner una cadena alrededor del cuello de la reina, reducirla a un objeto, a un vagón de carga, a un mero transporte de tropas para sus guerras. Quieren que nos rindamos y reconozcamos que el único horizonte que merecemos es el de sus fábricas y sus granjas subterráneas. Quieren humillarnos como advertencia para cualquiera que ose desafiar su verdad divina, su plan maestro.

Pero ¿sabéis? Yo no nací para inclinar la cabeza ante nadie. Y vosotros tampoco.

No voy a engañaros, hemos peleado en cientos de batallas y ninguna llega a la sombra de ésta. Si tomamos la vía que conduce a Harkov, ya no habrá marcha atrás. Su prioridad será destruirnos y para ello lanzarán contra nosotros todo lo que tengan, tanques, cañones, trenes más nuevos y mejor abastecidos que el nuestro. Sé qué es lo que me dicta mi corazón. Quiero demostrarles que a la Victoria Regina no se la doblega, quiero que sea la lanza que se hunda en el vientre de la bestia... pero no puedo obligar a nadie a acompañarme. Los que lo hagan deberán saber que éste probablemente será un viaje sin retorno.

Eso es todo. Sea cual sea la ruta que escoja cada uno, buena suerte.

El Barón descendió de la fuente y caminó entre la muchedumbre silenciosa. De pronto un grito se alzó, resonando hasta el techo acristalado:

- ¡Victoria Regina!

Al momento fue coreado por decenas, luego por cientos, miles de personas. Se arremolinaron alrededor del Barón y pelearon por estrechar su mano, besarle o abrazarle. Él les correspondió con mal disimulada emoción.

Cuando por fin llegó casi en volandas hasta el ascensor, se detuvo un momento a mi lado. Siempre fue más alto que yo, pero ahora parecía rebasar los dos metros de altura. A su espalda todo el mundo corría ya a armarse, a asegurar las portillas exteriores o a prepararse de la mejor manera posible. Les había devuelto la posibilidad de decidir su destino y ahora sus penas les pesaban mucho menos

- Es la hora, subamos. - dijo -. William... haz que traigan mi casaca.

En el puente nos recibieron expectantes, la mayoría ya con su mejor uniforme. Se había extendido la noticia, sin duda, o quizá alguien había conectado la megafonía para todo el tren "por casualidad", como me enteré más tarde. En cualquier caso, aguardaron en silencio. Un grumete llegó con la vieja casaca azul entre sus manos y el Barón se la puso con tranquilidad.

- Señor Mulligan, creo que tenía usted casi a punto los inyectores auxiliares - dijo - me parece que éste es un buen momento para probarlos.

Mulligan parpadeó con sus ojos de topo y se cuadró.

- ¡Sí, señor! - respondió antes de salir a paso vivo hacia la sala de máquinas.

- Teniente Mikhailev, conduzca a mujeres, niños y ancianos hasta los vagones de cola, no queremos que corran riesgos innecesarios - continuó el Barón. En cuanto al resto, vayamos a la sala de mapas a preparar nuestra pequeña sorpresa.



Esa mañana glacial una torre vigía de las afueras de Harkov avistó un penacho de humo negro desplazándose a gran velocidad por la ruta de acceso Oeste. Junto a las murallas, dos trenes crucero blindados rodaron hasta sus posiciones de tiro, pensadas para cazar a la Victoria Regina en un fuego cruzado letal. En el centro, una barrera formada por una docena de vagones cargados de metal y cemento y soldados a las vías protegía el acceso principal a la ciudad. Incluso el más grande de los leviatrenes se quedaría clavado al topar con semejante obstáculo.

La siguiente señal de que algo grande estaba pasando fue el bramido de las chimeneas, nuestro grito de guerra. Quedó claro que no estábamos allí para entregarnos.

En el puente, el Barón se encontraba junto a uno de los ojos de buey.

- Señor, este lugar será el más peligroso de todo el tren durante el choque - le advertí, con preocupación.

- Lo sé. Pero no puedo estar en otra parte - respondió -. ¿Cómo vamos de tiempo, señor Mulligan?

- Muy bien, estamos al 70% y listos para abrir las válvulas - contestó el jefe de ingenieros -. A su orden.

El Barón hizo una seña y esperó a que todos los oficiales estuviesen en la cubierta. El tren ya empezaba a adquirir una velocidad endiablada y la vibración se transmitía a cada plancha y remache.

- Caballeros, ha sido un honor tenerles a mi servicio. Se han esforzado más allá del deber y ningún capitán podría desear tener mejores subordinados, ni mejores amigos. Me enorgullezco de considerarles, ahora y siempre, como mi familia.

Ocurra lo que ocurra, aunque nos borren de los libros de Historia y nuestro recuerdo sea enterrado bajo nieve y hielo, las leyendas hablarán de esta última batalla.

¡Señor Mulligan, a toda máquina! ¡Victoria Regina!



20 de Abril de 2009

[robertodgm@gmail.com](mailto:robertodgm@gmail.com)

<http://frankenrol.blogspot.com>